

neral Gaset se publicó á consecuencia de los incendios de Valls, tan repetidos como numerosos.

Semejante insensatez por parte de aquel Gobierno, era ya de todo punto intolerable y encaminadas á poner freno á semejantes medidas puramente absolutistas, las oposiciones trataron de congregarse las Cortes por derecho propio, y se redactó una exposición á la Reina en protesta de las ilegalidades cometidas.

Empero el Gobierno que supo las pretensiones de aquella Comisión de gobierno interior, mandó al conde de Cheste para que la impidiese, quien allanando el edificio prohibió aquella reunión, desterró á los firmantes y al mismo duque de la Torre, que en último recurso, se había encargado de entregarla á la Reina.

Las Cortes fueron disueltas el 30 de Diciembre y convocadas las nuevas para igual fecha del siguiente Marzo, continuando aquel desatentado Ministerio derecho á su objeto y prescindiendo de toda consideración.

Ante tan bárbara conducta, los progresistas y demócratas unidos, se encontraban en el caso de no tener tampoco la menor consideración, así fué que en la reunión que celebraron en Ostende el día 15 de Agosto de 1866, acordaron «destruir todo lo existente en las altas esferas del poder, nombrándose en seguida una Asamblea constituyente, bajo la dirección de un Gobierno provisional, la cual decidiría de la suerte del país cuya soberanía era la ley que representase, puesto que sería elegida por el sufragio universal directo.»

Formóse un centro revolucionario cuyo presidente era Prim, el cual se instaló en Bruselas, y á comienzos del año 1867 ya estaba regularizada la conspiración; y cuando se preparaba un movimiento en Cartagena, alzándose dos partidas en Cataluña que dieron lugar á la tan funesta sublevación de Copeiro del Villar, en Palencia, donde fué fusilado. Pi y Margall, Castelar y otros varios formaron otro centro revolucionario en París, separado del de Bruselas, aunque encaminado á contribuir al mismo fin.

La prensa libre había enmudecido, pero apareció otra clandestina, que con toda claridad pedía la caída de los Borbones y la soberanía nacional.

La prensa extranjera se hizo eco de lo que la clandestina española pedía, y unido á esto las quejas de los emigrados comenzó una era de dicitos, calificativos y acusaciones contra Isabel II como reina y como señora.

El Gobierno trató de reprimir aquella propaganda

dictando órdenes severas á los lectores de aquellos periódicos, pero realmente, y como acontece casi siempre, esta prohibición fué un acicate que indujo á que aquella fuese leída con mayor avidez; convencido de esto se publicó por Real decreto un proyecto de ley de imprenta que imposibilitaba por completo el curso de ella.

Y en armonía con esto, aquel Gobierno no perdonaba medio por arbitrario que fuese, para asegurar la defensa de las autoridades, aumentando el estado de agitación y de alarma; sólo mandaba la autoridad militar con omnímodas facultades, estando todo aquello en carácter con aquel Gobierno, que creyendo resistir la revolución, lo que realmente hacía era alimentarla.

Al abrirse las Cortes, pudo el Gobierno contar con una mayoría de más de doscientos diputados, dispuestos á seguirle y apoyarle hasta en sus extravíos. Propuso en aquella legislatura á las Cortes, la reforma de sus reglamentos para cerrar la tribuna, ya que estaba enmudecida la prensa, anular el sistema representativo y establecer el criterio absolutista inherente á la constitución interna y tradicional del país, haciéndose un absolutismo para el uso particular de aquel ministerio.

Semejante conducta, lógico era que atrajese más y más la revolución que estaba en el ánimo de gran número de españoles.

Trataba empero de contenerla, y á pesar de toda la punible rigidez que mostraba, tal vez hubiera podido conseguir la realización de sus propósitos, si hubiese continuado con ánimos tan meritorios cual de indultar dos mil soldados emigrados.

Pero parecía predestinado á no hacer dos acciones buenas seguidas, sin que antes ó después fueran acompañadas de actos como el que tuvo lugar con el infante don Enrique y la indisposición de la hermana de la Reina, duquesa de Montpensier.

Entre los republicanos emigrados hubo varias disidencias, las que incomodaron á Prim, hasta el punto de que trató de hacer la revolución por sí solo.

Llegó á Valencia con este propósito, puesto que aquella guarnición reclamaba su presencia para sublevarse; pero después de estar allí no se realizó el movimiento por no conformarse algunos de sus partidarios con que se suprimieran las quintas, según se había acordado.

«Contreras llamó á los catalanes á las armas al grito de libertad, dice un historiador moderno, por el valle de Arán y no pasó adelante. Baldrich, proclamando *abajo lo existente*, quedó con Lagunero y

Targarona en la provincia de Tarragona; libraron sendos combates contra el brigadier García Torres, y solos y sin recursos, licenciaron su gente y marcharon á Francia sin perder un hombre. En la provincia de Gerona se encontraron las fuerzas revolucionarias sin las armas prometidas y con tres columnas que no les permitieron obtener la menor ventaja. Tampoco cumplió la provincia de Lérida sus compromisos más que á medias; excepto los señores Castejones y varios otros, sobre todo los del valle de Arán, donde continuó Contreras hasta que el general Izquierdo le obligó á retirarse á Francia, después de un combate inútil que produjo sensibles pérdidas.

»En Aragón había mayores elementos, que se hubieran aprovechado perfectamente, si Prim, en vez de ir á Valencia, se hubiese presentado en aquel país como lo esperaban y á ello se había comprometido, y Moriones tuvo que variar de plan. Creyó lo más prudente proceder de sorpresa en sorpresa, para lo cual recomendó á Pierrad no efectuara su entrada en España hasta un día determinado; pues no llamando así la atención de las autoridades españolas, podía Moriones efectuar desahogadamente sus sorpresas.

»Con grande acierto sorprendió puestos de carabineros, que le seguían, llegando á reunir hasta 500, con los cuales y unos 60 paisanos de los valles contaba sorprender fácilmente las Cinco Villas; mas la anticipada entrada de Pierrad, perseguido por la gendarmería francesa, imposibilitó tan importante acción.

»Cubriéronse inmediatamente Uncastillo, Sada y Luesia; Manso de Zúñiga fué con una pequeña columna al encuentro de Moriones, ya unido con Pierrad, juntando ambos 560 carabineros y 80 paisanos; con ellos esperaron en Llinás de Marcuello, y al saber Moriones la aproximación de su enemigo, escondió en las casas del pueblo y á los dos flancos que dan paso al monte, 200 carabineros solteros y el resto de la fuerza á la falda del monte, á retaguardia y oculta por las casas.

»Como Manso avanzaba lento, dejando á su caballería cubierta para cargar á los sublevados en cuanto abandonaran su fuerte posición del pueblo, se propuso Moriones sostener por algún tiempo un fuego de guerrilla, figurar después una dispersión entrando por el pueblo, salir entonces por retaguardia subiendo por el monte los carabineros ocultos mezclados con los paisanos, para que les siguiesen los enemigos, y en este caso caer sobre ellos los 200 carabineros emboscados.

»Este plan tan bien dispuesto, le desbarató Pierrad, que mal aconsejado le hizo precipitarse á combatir; trabóse la pelea con varios accidentes, triunfando al fin los sublevados, experimentando las tropas del Gobierno la sensible pérdida de su general.

»La fatalidad que perseguía á Moriones impidió que aquella noche destrozara á la columna de Zúñiga falta de municiones, y que obtuviera las ventajas que se prometía, teniendo á poco que guarecerse en Francia.

»Las partidas que se presentaron en el antiguo reino de Valencia, careciendo de la principal base, que era el movimiento de la capital, se dispersaron después de tener pequeños encuentros. Lo mismo hicieron las partidas levantadas en la provincia de Cuenca, de Madrid y en otros puntos. En Béjar, donde se mostró imponente la sedición, contando con más de 6,000 combatientes, pudo evitarse una colisión á todos funesta, y previo el indulto, entraron en el pueblo las tropas del Gobierno.

»Este mostró grande actividad y no menor acierto en mover sus fuerzas, dominando así una insurrección que con tantos elementos contaba y había sido tan bien organizada. El verdadero cuartel estuvo en el Ministerio de la Guerra.

»Los mismos revolucionarios fueron los que más contribuyeron á su desgracia. Alucinados unos, crédulos otros, faltos de resolución bastantes é inconvenientes declaraciones en las proclamas, fueron causas que aunque independientes unas de otras, contribuyeron de consuno al mal resultado.»

Sofocada aquella intentona y creyendo de buena fe Narváez que la revolución había muerto, quiso ser generoso, levantando prisiones y dando indultos á los comprometidos.

Pero la revolución era inevitable, había de hacerse en breve con nuevos auxiliares en el terreno de la fuerza.

El día 10 de Septiembre y mientras el general Prim marchaba á Ginebra, por encargo suyo y bajo la presidencia de Olózaga se celebraba en París una reunión de emigrados con objeto de darles cuenta de lo que había sucedido respecto del alzamiento del anterior mes de Agosto.

A aquella sesión asistieron, entre otros, los progresistas Aguirre y Rubio, y los demócratas Chao y Martos. Se discutió en ella entre otros asuntos, el referente al viaje del general Prim respecto á lo cual manifestó el señor Chao en su nombre y en el de varios demócratas, que se reservaba su libertad de acción para juzgar la conducta del general y para

obrar en lo sucesivo según las circunstancias y con arreglo á su conciencia.

Olózaga, que al parecer había disentido de los congregados en las reuniones anteriores, se mostraba muy disgustado, y marchando á Biarritz visitó al duque de Tetuán, en cuyo ánimo existía aún el agravio que por la Reina suponía habersele inferido y manifestándole la escasa aptitud del general Prim para el asunto que le había sido confiado, le ofreció la jefatura del partido liberal.

O'Donnell, según se asegura, no aceptó de momento aquella proposición y se tomó el plazo de ocho días para resolverse, pero antes de finar el plazo impuesto, el día 4 de Noviembre, dejó de existir. Conducido su cadáver á Madrid, fué enterrado el día 10 del mismo mes, con los honores de capitán general muerto en campaña.

Dos días después se reunían en casa del general Córdoba los prohombres de la Unión liberal, designando y reconociendo como jefe de su partido, al general duque de la Torre.

De regreso la corte y en medio de una tranquilidad relativa, comenzaron sus tareas las Cámaras, discutiendo y aprobando la contestación al regio discurso. Presentóse el proyecto de la guardia rural que fué aprobado después de muy poca discusión, organizándose aquella dos meses después en todas las provincias, excepto en las Vascongadas y Navarra.

De aquellas Cortes arranca el proyecto de ley aprobado sobre instrucción primaria, obra del director del ramo don Severo Catalina, por medio del cual se dotaba de escuelas para los dos sexos á todos los pueblos que tenían 500 habitantes y de una sola á los de menor número.

Las críticas circunstancias por que atravesaba Es-

paña en aquella época se mostró claramente con los motines de Andalucía, Barcelona y otras regiones, fundados todos en la miseria que se dejaba sentir, por el aumento del precio en los artículos de primera necesidad.

En tanto compartían la atención de las Cámaras diferentes asuntos entre los cuales estaba el examen de los presupuestos, fué presentado por el Gabinete un proyecto por el cual era autorizado para otorgar la concesión de un Banco único de crédito territorial, cuya cuestión se hizo de gabinete.

El general Narváez, que guardaba cama á consecuencia de una pulmonía, hubo de abandonarla para acudir al Congreso, lo cual hizo que agravándose más y más su dolencia, le causara la muerte pocos días después, el 21 del mismo mes.

La muerte de Narváez era una pérdida inmensa, tanto para el partido moderado, de que era jefe, como para la Reina, la cual encargó la formación del nuevo Ministerio á don Luis González Bravo, que al día siguiente presentó en las Cortes.

Profundas disidencias surgían entre los restos del partido moderado, á la par que cada día se iba haciendo más densa la atmósfera de inquietud y de malestar en que las conjuras procuraban envolver al Gobierno, hasta el punto de que á principios de Julio se experimentaba otra vez la misma tirantez y sobresalto que en el verano de 1865, siendo el tema obligado de todas las conversaciones, la conjura próxima á estallar.

En tal situación, el Gabinete mandó prender como sospechosos á los generales duque de la Torre, Zabala, Córdoba, Dulce, Echagüe, Serrano Bedoya y Caballero de Rodas y algunos brigadieres el día 7 de Julio, al mismo tiempo que se ordenaba el destierro de los duques de Montpensier.



CAPÍTULO XXV

AFRICA Y ASIA.—DESDE 1854 A 1868

La Argelia.—Triunfos de los franceses.—Organización de la propiedad entre los árabes.—Matanza de cristianos en Siria.—La China.—Alianza de Inglaterra y Francia contra la China.—Canton.—La cuestión del Pekín.—Famosa batalla de Palikao.—Entran en Pekín los aliados.—Ventajas obtenidas en el Japón.—Los franceses en Méjico.

REÍDOS sin duda los árabes argelinos que la revolución francesa del 48 había dejado á esta nación en condiciones poco favorables para reparar en los territorios que antes de aquel acontecimiento conquistara, se insurreccionaron, con tal insistencia y en tal forma, que demostraba claramente que aquello obedecía á un plan trazado de antemano.

Pero lo mismo aquel alzamiento que otros posteriores, fueron sofocados por los soldados franceses, que sucesivamente fueron apoderándose de Zaatcha y Laghuat.

El general Randón señaló los años del 1853 al 1857 por algunas expediciones contra las kabilas, y al mismo tiempo que sometía aquellos belicosos salvajes ordenaba las obras necesarias, á través del país que recorría, con el objeto de poder dominarlo mejor.

Pero una de las campañas más serias y asombrosas que en aquel país llevaron á cabo las armas francesas, fué la del año 1857.

El general Randón, á la cabeza de veinticuatro mil hombres, atacó á las kabilas, que persiguió hasta sus mismas casas situadas en empinadas montañas, tomando pueblos que hasta entonces habían sido inaccesibles.

Entre estos se encontraba el denominado Ichiriden, el cual, debido á la posición que ocupaba, era inexpugnable por todos lados menos por uno, y aun éste lo tenían perfectamente fortificado las kabilas con grandes trincheras.

Pero el arte de la guerra francés, que no estaba ni podía estar al alcance de aquellos salvajes, venció todas las dificultades, posesionándose del pueblo pudiendo decirse que aquella victoria fué la que determinó el dominio francés en la Argelia.

Esta dominación ha dado motivo á la nación francesa para serias disidencias entre los cuerpos militar y civil.

El año 1858 se creyó poder dar la preferencia á la administración civil, y con este objeto se instituyó un Ministerio especial para la Argelia y las colonias, pero después de haber hecho Napoleón III un viaje por aquel país, se restableció por decreto de 24 de Noviembre de 1860 el gobierno militar. Finalmente, por otro de 10 de Diciembre del mismo año, quedó por completo fijada la nueva organización de aquella colonia.

Argel fué el centro de la administración de Argelia, bajo la autoridad de un gobernador general, que tenía mando sobre las fuerzas de mar y tierra, y respecto á la justicia, la instrucción pública y los